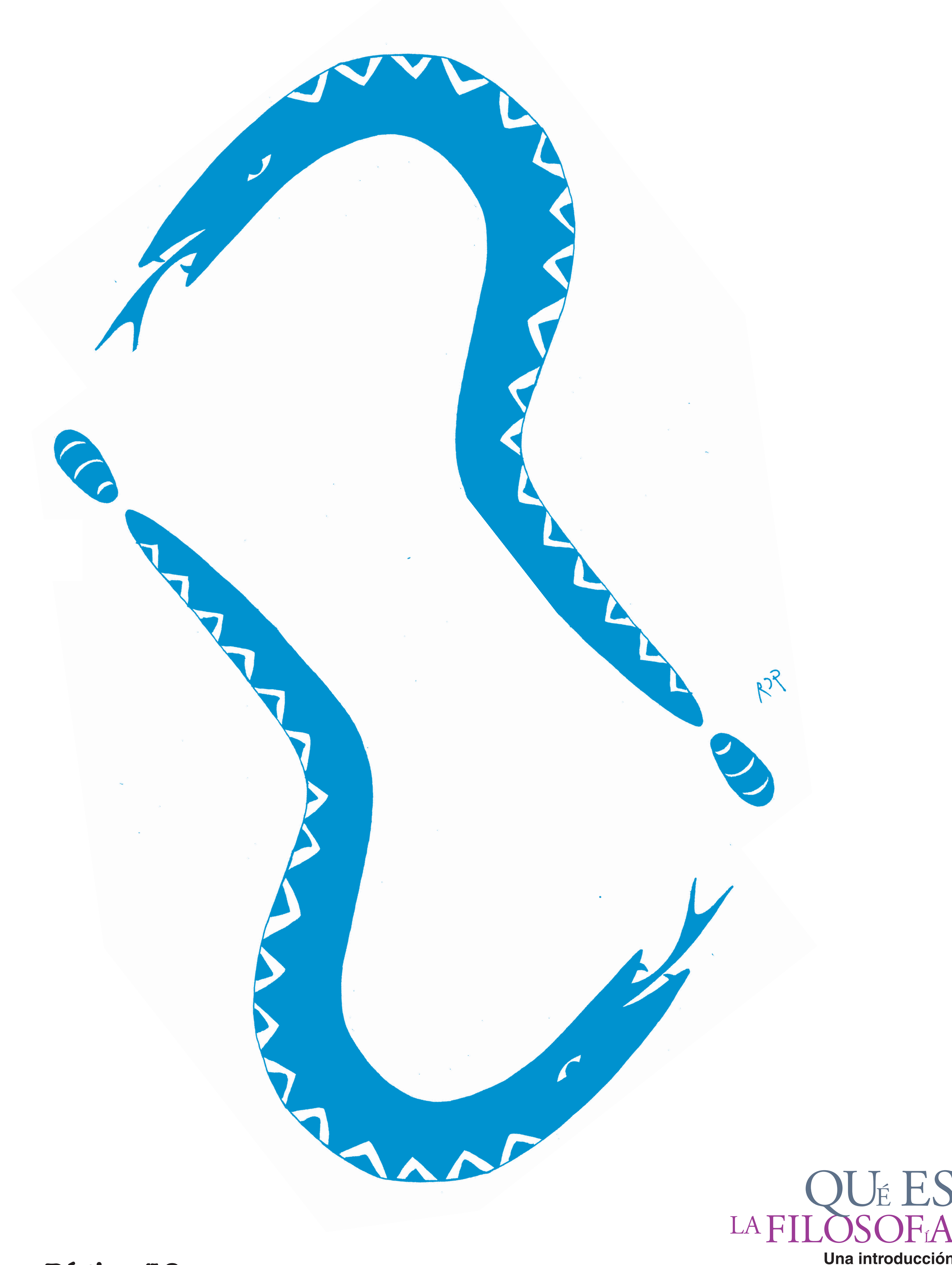
JOSÉ PABLO FEINMANN

LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

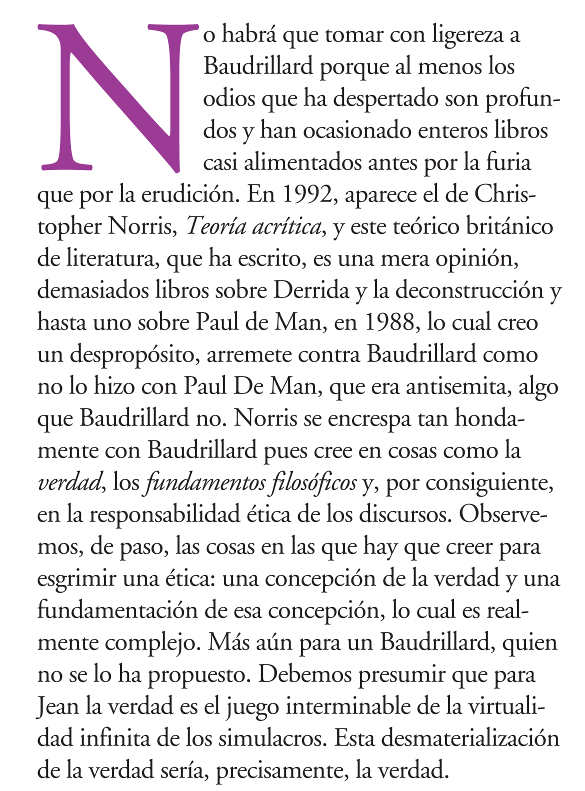
CLASE N° 50

EL FIN DE LA POSMODERNIDAD (IV)



QUÉ ES LA FILOSOFÍA
Una introducción al saber de los saberes

Suplemento especial de Página/12



No habrá que tomar con ligereza a Baudrillard porque al menos los odios que ha despertado son profundos y han ocasionado enteros libros casi alimentados antes por la furia que por la erudición. En 1992, aparece el de Christopher Norris, *Teoría acrítica*, y este teórico británico de literatura, que ha escrito, es una mera opinión, demasiados libros sobre Derrida y la deconstrucción y hasta uno sobre Paul de Man, en 1988, lo cual creo un despropósito, arremete contra Baudrillard como no lo hizo con Paul De Man, que era antisemita, algo que Baudrillard no. Norris se encrespa tan hondamente con Baudrillard pues cree en cosas como la *verdad*, los *fundamentos filosóficos* y, por consiguiente, en la responsabilidad ética de los discursos. Observemos, de paso, las cosas en las que hay que creer para esgrimir una ética: una concepción de la verdad y una fundamentación de esa concepción, lo cual es realmente complejo. Más aún para un Baudrillard, quien no se lo ha propuesto. Debemos presumir que para Jean la verdad es el juego interminable de la virtualidad infinita de los simulacros. Esta desmaterialización de la verdad sería, precisamente, la verdad.

DETRÁS DE LAS APARIENCIAS NO HAY NADA: SON SIMULACROS Y ESO ES TODO

Norris, que es británico y nació en 1948, británico como George Steiner, hijos de un país que da buena literatura y buenos críticos literarios, escribe: "¿Hasta dónde puede equivocarse un pensador sin dejar de llamar la atención? Un ejemplo típico muy útil es Jean Baudrillard, figura de culto de la actual escena 'posmoderna' y proveedor de algunas de las ideas más estúpidas que aún se escuchan entre los discípulos de la moda intelectual francesa" (Christopher Norris, *Teoría acrítica, posmodernismo, intelectuales y la guerra del Golfo*, Cátedra, Madrid, 1997, p. 15). Sólo dos días *antes* del estallido de la Guerra del Golfo, ya Baudrillard asombraba a los lectores del periódico *The Guardian* "con un artículo en el que declaraba que la guerra nunca tendría lugar, puesto que existía únicamente como ficción de los medios de comunicación de masas, como retórica de juegos de guerra o de contingencias imaginarias más allá de todos los límites del mundo real y de cualquier posibilidad de convertirse en hechos" (Ibid., p. 15). El artículo de Jean era del 11 de enero de 1991. No habría, afirmaba, "hecho real". Si algo sucedía, y sucedería, habría de suceder en la mente y en la imaginación de los cautivos telespectadores bombardeados "con idénticas imágenes a las de los videojuegos que ocupaban la pantalla durante la campaña preparatoria" (Ibid., p. 16). Hay que admitir que hay en Baudrillard un colosal sentido del humor, de la ironía, de la estafa a que los medios someten a los "telespectadores", que lo lleva a afirmar, serenamente, sin más, que no nos ilusionemos, que la realidad ya no es lo que era. Esta frase expresa un rasgo de genio. Ustedes conocerán la carucha de Baudrillard porque el pobre (sin merecerlo, como ningún ser humano lo merece, ni siquiera, pongamos, Heinrich Himmler, por acudir a un ejemplo extremo, por nombrar a un monstruo de la "modernidad", esa época en que las cosas tenían espesor y tragedia) acaba de morir, dejó de ser real, si es que alguna vez lo fue alguien que proponía que la realidad había sido asesinada. La muerte de Baudrillard llevó una vez más su cara a las páginas de los diarios, de las que faltaba desde un tiempo a esta parte, sin duda por la devaluación de ese posmodernismo que con tanta precisión encarnó. Tiene, el hombre, una sonrisa bonachona, extensa, unos ojitos traviesos y una pinta de francés educado pero un poco loco o, al menos, bastante lúdico, que no puede sino agradar a quien disfrute de ese don de los dioses que es el sentido del humor. No digo que Baudrillard sea un filósofo humorista, algo que respetaría. Sino un filósofo lúdico. Tanto, como para advertir que en este mundo de imágenes torrenciales en que vivimos, la realidad, si no murió, nos la escamotean todo el tiempo o, alevosamente, nos la crean y nos la sirven en platitos de plástico descartable como esos que hay en McDonald's. De este modo, él nos advierte: "Vean, la realidad ya no es eso a lo que nos habíamos acostumbrado que fuera". ¿A qué nos habíamos acostumbrado que fuera la realidad? Fácil: la verdad detrás de las apariencias. Como sabemos, detrás de las apariencias no hay nada: las apariencias son simulacros y ahí se termina todo. Estamos atrapados por la hiperrealidad posmoderna.

Norris exhibe su endeblez y hasta su inconsistencia porque es un devoto derrideano. Y usar a Derrida para demoler a Baudrillard es como... No sé, como eso. Quiero decir: uno tiene que demostrar que cuando Derrida dice "il n'y a pas de hors texte" o su otra y más radical formulación (que es la misma) "il n'y a pas *rien* de hors texte" *no* está diciendo lo que dice. Ese *dictum* es el *sine qua non* de la práctica y la teoría de la deconstrucción. Norris se indigna y dice que "la prevalente (¿y por qué *prevalente*, somos idiotas los que prevalecemos en esa interpretación que un autor tan hermético tan claramente dice, o acaso porque es clara debe ser *otra cosa*, ya que Derrida *es* hermético y si dice algo claro no está diciendo lo que dice?, JPF) lectura errónea de la obra de Derrida, que pretende hacer decir a éste –según la moda solipsista– que, sencillamente, "no hay fuera del texto"... es equivocada (Ibid., p. 22). Norris, defendiendo a Derrida, se parece a su maestro y a sus patéticos intentos por deconstruir las cartas antisemitas de Paul De Man o el *Discurso del rectorado* de Heidegger. Hay cosas que no hay que decir y que si se dicen tan extremadamente es porque *eso* es lo que se quiso decir; si no, se lo habría dicho de otro modo. *"Il n' y a pas de hors texte"* tiene relaciones más que profundas, en la epistemología de ambas frases, con "la Guerra del Golfo no ha tenido lugar". Incluso diría que si Derrida lanzó una frase para *epatar* a sus lectorcitos burgueses prósperos de la universidades norteamericanas, si, incluso, la sostuvo y la tuvo permanentemente *actualizada* para ellos, eso es algo de lo que debe hacerse cargo. Norris relaciona a Baudrillard con ese gran posmoderno que, dice, fue Foucault, con sus "genealogías" nietzscheanas del poder/conocimiento. Baudrillard, así, es sumado al posestructuralismo y a su idea acerca de la "realidad" como "un fenómeno meramente discursivo" (Ibid., p. 21). Más aún: "se podría argüir justificadamente que Baudrillard estaba esperando al final del camino que el estructuralismo y el post-estructuralismo recorrían durante las últimas tres décadas, e incluso más. El movimiento se inició, según la frase de Perry Anderson, como una "extrapolación abusiva" a partir de la metodología especializada de Saussure; tomó algunos preceptos estrictamente heurísticos del campo del estudio del lenguaje estructuralista y los convirtió en la base para un asalto a gran escala (*¿otro "asalto a la razón", pero nuevo, diverso, diferenciado, posmoderno!*, JPF) contra los conceptos de verdad, de realidad y representación" (Ibid., p. 32). Uno se pregunta si nuestro cada vez más conocido Baudrillard ha sido tan importante. (En verdad, en este notablemente culturalizado país que es la Argentina, las necrológicas que le dedicaron fueron rigurosas y extensas. Acaso deba yo mismo tomarlo más en serio. Pero, ¿eso le agradaría?) "Ha terminado por promover (sigue Norris) una *visión mundial* pragmática posmoderna que deconstruye ciegamente la diferencia 'nocional' entre 'guerra' en tanto seudoacontecimiento simulado (...) y guerra en tanto que acontecimiento del mundo real" (Ibid., p. 32). La guerra en tanto seudoacontecimiento se construye por medio del bombardeo televisivo que sofoca al Homo-TV y la guerra en tanto acontecimiento real exhibe una estética cruel, "moderna", de cuerpos destrozados por bombardeos de "ferocidad sin precedentes" (Ibid., p. 32). Norris no puede dejar de reconocer algo evidente. Nadie vio esos cadáveres de la "modernidad". Goya salía de noche, guiado por un ayudante, y andaba entre los muertos con un farol que daba a todo un aire siniestro, que alargaba las sombras, que develaba el horror: miraba las caras, los miembros destrozados, los ojos fuera de las órbitas, olía la sangre y la descomposición de los cuerpos. Las guerras de la modernidad —la última de las cuales fue la Segunda Guerra Mundial– mostraban "los horrores de la guerra". Incluso se mostraron los cuerpos esqueléticos, devastados, vejados de las víctimas de los *lager*. La Guerra del Golfo —reconoce Norris– "fue, de algún modo, una guerra posmoderna, un ejercicio de retórica de manipulación de masas y de técnicas 'hiperreales' de persuasión, que sin duda confirman algunas de las observaciones diagnósticas más sagaces de Baudrillard" (Ibid., p. 33).

En resumen, lo que Norris no ve (y Baudrillard sí) es que, hoy, se dice *más* sobre la crueldad y la inhumanidad de la guerra al decir que *no existió* o que *no puede existir* porque los agresores y su formidable aparato de propaganda, de simulacro, de encubrimiento, de retórica, tornan imposible que los ciudadanos puedan *conmoverse* ante un cadáver, ante *uno* al menos, porque ninguno habrá de hacerse público, ninguno les será mostrado. "Il n'y a pas hors de texte". "Il n'y a pas hors de la guerre". Los que mueren, mueren doblemente. Mueren en el campo de batalla y mueren en la insignificancia de lo comunicacional, mueren en la modalidad de lo hiperreal, de la simulación, del parecer detrás del cual no hay *verdad*, no hay *guerra*. "Ahora vivimos (resume Norris) en una época de 'simulacros' sin fondo, o de signos sin contenido referencial, en un ámbito de efectos de realidad en el que tales pretensiones de verdad carecen de algo parecido a una fuerza crítica. En cuyo caso, la Guerra del Golfo figura probablemente como el acontecimiento posmoderno o hiperreal por excelencia" (Ibid., p. 34). Ganó Baudrillard.

Su triunfo es el del conocedor profundo del poder de los *mass-media*. ¿Recuerdan lo que hemos dicho una y varias veces? El Espíritu Absoluto hegeliano está centrado y poderoso. Son los *media* del Imperio Bélico-Comunicacional. La aparición de Internet complicó las cosas. La guerra de Irak fue visible. Los mismos soldados yanquis iban con cámaras tan pequeñas, tan imposibles de detectar, que sacaban fotos de torturas que luego vendían a los diarios o entregaban, costosamente, a Internet. Hemos visto el ahorcamiento de Saddam. Durante la Guerra del Golfo, desafiante y lúcido, Baudrillard, podía decir: "Muéstrenme un cadáver y creeré en esa guerra. Pero no me lo fabriquen al cadáver. Denme un cadáver en el que pueda creer". Era imposible. No se confiaba en nada. Ese cadáver habría sido otro simulacro del poder comunicacional. Las Torres Gemelas cambian todo. Jean declara: "Es un evento absoluto". Habermas: "Es un acontecimiento político universal". Nosotros dijimos lo mismo. El simulacro murió. Pero antes tenemos mucho que hacer con Jean Baudrillard.

LATERALIDAD: EL "BOTÍN" VIRTUAL Y EL "BOTÍN" REAL

¿Recuerdan que en la Clase N 49 dije "Voy a dar un ejemplo"? Salté en seguida a otra cosa. Pero no lo olvidé. Ya se sabe. Lo prometido, ley. El oro es la virtualidad más virtual dentro del universo virtual. Carece de materialidad. Aquí viene el ejemplo: en un mediocre film (*Entrapment*, 1999) con Sean Connery y Catherine Zeta-Jones, hay una escena memorable, conceptual, por decirlo así. Ellos son ladrones de alto vuelo. El es de la vieja escuela (¿de qué otra escuela podría ser Connery?) Ella, de la nueva. Traman un robo desmedidamente ambicioso. Llegan al *lugar*. Ahí donde está el botín. Sólo tienen que entrar. Saben hacer su trabajo: entran. Catherine, veloz como un rayo, se dirige a una pequeña computadora y presiona tres o cuatro, a lo sumo cinco teclas. Le dice a él: "Ya está, vamos". Connery permanece un instante poseído por el asombro. "Pero –dice–, ¿y el botín? ¿No vamos a llevarnos nada de aquí?" *El botín ya se lo habían llevado. No había "materialidad" del botín. El botín, ella, Zeta-Jones, lo había transferido a una cuenta propia en algún lugar del mundo. "Eso" era el robo, "eso" era su realización. Su realización no tenía materialidad porque la realidad ya no es material, es virtual*. Baudrillard diría: "Es simulacro". El "botín" solía tener sustancia, contundencia. Estamos acostumbrados a ver películas con sufridos ladrones que cargan con sus botines. Incluso, en la genial *Casta de malditos* (*The Killing*, 1956) de Stanley Kubrick, el sufrido, ese gran loser que fue Sterling Hayden, pone los billetes, arrugados, sucios, en una valija desvencijada que compró en una tienda barata, va con ella al aeropuerto y cuando el camioncito de trasladar maletas elude al perrito que se escapó de los brazos de una millonaria imbécil la valija cae al piso y se abre y los billetes se arremolinan por el viento de las turbinas encendidas del avión que se prepara para partir, de un avión al que Hayden ya no subirá, y se evaporan, se desparraman por la pista, se transforman en un torbellino inverosímil y Hayden los mira perderse como sabe que, ahora, pase lo que pase, es su existencia la que está perdida, arrugada y sucia como el dinero que había en la valija y más lo sabe cuando dos policías se acercan con malas caras, y también lo sabe cuando su compañera le pide que huya, que corra, que no se deje agarrar y él le dice: "¿Cuál es la diferencia?". Esos billetes arrugados y sucios eran la "materialidad" del botín. El botín, en los robos de la modernidad, tenía sustancia, espesor, realidad. Ya no más. En una película de David Mamet, un poderoso y enigmático Steve Martin le dice a Campbell Scott: "¿Quiere tener una cuenta en Suiza?" "Sí". Martin saca un pequeño artefacto y presiona algunas pequeñas teclas. Lo mira a Campbell y dice: "Ya la tiene. Hasta puse un dólar en ella". Estos han sido regalos para Baudrillard. Esta

es, en efecto, la desmaterialización del mundo. Su *materialización* está en otra parte. Mayormente en la periferia. Espero que sepan disculpar esta falta de tacto pero no puedo evitar decir esto: el hambre no es virtual. Y no sólo está en la periferia. También está en el Primer Mundo. Hay infinitos bolsones de pobreza, de hambre y de furia en el Primer Mundo. Y muy pronto, todos los no-virtuales habitantes de la periferia hambrienta y desesperada de todos los arrabales del mundo invadirán los países opulentos de la centralidad y los buenos muchachos tan imaginativos como Jean verán qué cosa tan bárbara es la realidad. Cuando, en 1966, la policía entró en las Universidades, mis compañeros y yo leíamos a Descartes para Moderna y nos preguntábamos si existía la realidad externa. La policía nos reventó a patadas y a bastonazos y descubrimos que sí, que existía. ¿Qué significa esto? Que los juegos de Jean son ingeniosos, que uno los festeja y los disfruta pero sabe –oscuramente sabe– que hay otro mundo, que hay otra realidad y es real. Pero nos la escamotean, nos la desaparecen, y esto Jean lo sabe y lo elabora como pocos. No hay que restarle méritos. Su trabajo apunta en una dirección *esencial* del sistema capitalista del nuevo milenio: la desmaterialización del mundo. Esta visión que tuvo, este blanco al que eligió herir lo coloca como el mejor de los posmodernos, el que perdurará.

LA VIOLENCIA MUNDIAL, DISFRAZADA POR LA TELEVISIÓN

Porque ya es imposible ignorar el poder de los *mass-media* como creadores de la realidad. Es cierto que el hambre no es virtual, pero es virtual la trivialización del hambre, del crimen, de la tortura, como así la de la guerra. No se "muestra" el hambre y si se lo "muestra" se lo muestra como un paisaje más del show mediático posmoderno. Pasamos con tanta velocidad de una escuelita miserable de Jujuy, de chicos desnutridos, o de violencias en la villas donde se concentran los desesperados al galancito de moda, a la modelo con trusa y soutien, a la sonrisa de Tinelli, al último dislate de Maradona en su largo camino a la destrucción, a las declaraciones de un político, a un partido de fútbol o a la Guerra de Irak, que del hambre y sus imágenes no nos queda nada, y si alguna emoción nos despertó ver a un chico raquítico, con la pancita hinchada, analfabeto, con el signo de la derrota clavado entre ceja y ceja, se nos diluyó en seguida, nos la borraron con el vértigo de las imágenes, de la información, con el anuncio de una película con Bruce Willis, con Penélope Cruz, o, si somos más sofisticados, con Cate Blanchet, con Hellen Mirren, y en seguida con el alza de precios, con la canasta familiar, con el informe económico, con todo eso que, en efecto, hace que todo y nada sea real, porque es *tanta* la realidad que nos dan que no podemos retenerla, y esa realidad que no era "virtual", el hambre, o que no debía serlo, murió en la vorágine de las imágenes, que ya no son imágenes de nada, que son simulacros, ¿o quién le dijo a usted que Penélope Cruz existe?, ¿que Bruce Willis es real? Son simulacros, son apariencias, son armas de seducción y desencanto que son reemplazadas por otras armas acaso de horror y ternura o solemnidad o placer o sexo o lo que sea, armas que tienen el objetivo de saturar, de abotagar nuestra conciencia, nuestro juicio crítico y asesinarlo al tiempo que se asesina la realidad, de la que terminamos por saber sólo una cosa: nada, y creyendo, a la vez, que lo sabemos todo, porque vivimos en el mundo de las comunicaciones, un mundo de informaciones-vértigo, de informaciones-infinito, en el cual algo murió y, al no saber que murió, es lo único que no sabemos: no sabemos que murió la verdad.

¿Qué piensa Baudrillard sobre el terrorismo? ¿No es *real* el terrorismo? ¿No vemos las víctimas? Relativo: apenas si vimos las víctimas de las Torres Gemelas. Ni siquiera se las sometió al simulacro de la TV. No se quiso exhibir las víctimas del Imperio. El Imperio es agredido. Es herido en su centralidad. En el centro del poder económico y financiero. Pero no tiene víctimas. Las oculta. La muerte no existe. Podemos ver caer las Torres pero ocultarán los cadáveres. Baudrillard no se rinde. Nada le hará ceder en la postulación del *crimen perfecto*, el de la realidad. "Lo que sorprende en un acontecimiento como el del estallido Heysel de Bruselas, en 1985, no es únicamente la violencia, es la violencia mundializada por la televisión, la violencia disfrazada por la mundialización" (*La transparencia del mal*, Ibid., p. 83). Sigue: "'¿Cómo es posible semejante barbarie a finales del siglo XX?' Falsa pregunta" (Ibid., p. 83). Es una pregunta que surge de las páginas atribuladas de la *Dialéctica del iluminismo*: "¿Cómo ha entrado la Humanidad en una nueva forma de barbarie?" ¿Y por qué no? Y eso que Adorno y Horkheimer no conocieron el terrorismo. Que pensaban en el terror Occidental. Que pensaban que en Auschwitz se había llegado al máximo. Concepción que, de paso, entregaba un aura de "pueblo elegido" por el martirio y el dolor al pueblo judío. A ese genocidio (sí: técnico, planificado, genocidio de un pueblo contra otro racionalmente investido, ungido, identificado, genocidio sin odio, genocidio instrumental) se suman genocidios barbáricos, anónimos, camuflados, simulacros de genocidios, genocidios que no vemos. No habrá filmaciones de estos horrores, apenas vestigios de filmaciones ruinosas, clandestinas, que circularán como mercancía barata por Internet, ¡ese monstruo que ni Adorno ni Horkheimer ni siquiera Baudrillard alcanzaron a intuir, en el cual la muerte es un videogame! (Disculpen mis arcaicos signos de admiración, de perseveración o de asombro, sé que son recursos de las viejas novelas, de los viejos folletines, pero los quiero usar, ya no hay signos gramaticales para señalar tanta barbarie con la enfática repugnancia, con el nauseabundo rechazo que provoca.) La violencia del terrorismo (sigue Baudrillard) "no es la resurrección de una violencia atávica. La violencia arcaica es a la vez más entusiasta y más sacrificial. Nuestra violencia, la producida por nuestra hipermodernidad, es el terror. *Es una violencia simulacro: mucho más que de la pasión surge de la pantalla, es de la misma índole que las imágenes*" (Ibid., p. 84). Y he aquí una anotación valiosa de Baudrillard. El acontecimiento terrorista es *esperado*. En todo el mundo se espera lo peor. Si mañana vuelan la Torre Eiffel nadie se asombrará. *Lo esperábamos*. Estaba en nuestros cálculos de posibilidades, que lo cubren todo. Porque el terrorismo –después de haber golpeado, derrumbado y humillado a las Torres Gemelas y al más grande Imperio de la Tierra– nos ha transformado en seres que aguardamos todo de él y que, acaso, en alguna parte, en algún socavón tenebroso, en algún oscuro abismo apocalíptico, lo deseamos. "Todos nosotros (escribe Baudrillard) somos cómplices en la espera de un *libreto fatal*, aunque nos sintamos conmocionados o alterados cuando se escenifica. Se dice que la policía no hizo nada para prevenir el estallido de violencia, *pero lo que no puede prevenir ninguna policía es esta especie de vértigo, de solicitación colectiva del modelo terrorista*" (Ibid., p. 84. Cursivas mías). Claro está que Baudrillard puede avanzar. Pero, ¿qué busco yo aquí? Algo que Baudrillard no establece centralmente, fundamentalmente: el simulacro es la máxima conquista del poder. Por eso vuelvo a él, agudo observador, avizorador, profeta del nihilismo, desengañado y contemplativo pequeño hombre que no quiere cambiar nada porque sabe que no puede. Porque el simulacro es la máxima conquista del poder.

TU HERMANO MURIÓ EN TU CORAZÓN, EN TUS BRAZOS, Y EN NINGUNA OTRA PARTE DE LA REALIDAD

¿Y si alguien se enfureciera con esto? Si alguien dijera: ayer una pandilla mató a mi hermano, eso fue real. No, para vos fue real, querido y desdichado amigo. Y para tu hermano que ha partido de este mundo de seducciones y simulacros. Para vos y para algunos más. Para la "realidad", que es el "todo", que es "la opinión pública", lo que forma la "conciencia de las cosas" fue una noticia más por la televisión, al lado del bigotito de Macri subido a una tarima en Villa Lugano, al lado de los descerebrados de *Gran Hermano*, que lo son porque hay que ser descerebrado para participar de algo así, al lado de Bush, del culo de Luciana Salazar, de la cara cada día más muerta de Maradona, de la verborragia de Chávez, de la combatividad de Cristina Kirchner y sus cabellos que se extienden, al lado de Amahdinejad, de Olmert, de Condoleezza, tu hermano, querido amigo, murió en tu corazón, posiblemente en tus brazos, y en ninguna otra parte de la realidad, que, al no existir, sólo pudo cobijarlo como simulacro, como moneda televisiva, como mercancía, como fetiche que oculta el horror de la producción, de la esclavitud boliviana que fabrica las mercancías y, en primer lugar, las pantallas por donde el simulacro surge, reina, somete.

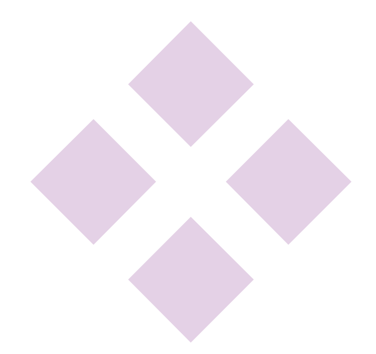
Vuelvo a Baudrillard. Ataca a Foucault: "Todas las cosas se terminan en su simulación redoblada, y es el signo de que se acabó un ciclo (...) Inútil, pues, correr detrás del poder, o discurrir sobre él al infinito, porque desde ahora también él forma parte del horizonte sagrado de las apariencias, también él sólo está presente para ocultar que ya no existe, o más bien, que habiendo sido franqueada la línea del apogeo de lo político es la otra vertiente del ciclo la que comienza, la reversión del poder en su propio simulacro. Ya no se toma el poder ni se arranca el secreto. Porque el secreto del poder es el mismo que el del secreto: que no existe" (Jean Baudrillard, *Olvidar a Foucault*, Pre-textos, Valencia, pp. 73/74). Y escuchen esto: "Este secreto de la inexistencia del poder, que fue el de los grandes políticos, es también el de los grandes banqueros, a saber, que el dinero no es nada, que no existe; como a su vez fue el de los grandes teólogos e inquisidores saber que Dios no existe, que está muerto. Esto les da una superioridad fabulosa" (Ibid., p. 87).

BIEN PODRÍA SER QUE ESTA FARSA SE CONVIRTIERA EN NUESTRA HISTORIA

Ahonda su análisis Baudrillard y se entromete con Hegel y Marx. Con lo negativo, tan negado por Deleuze, de quien, lo he dicho, en otra obra me ocuparé de él. Escribe Jean: "Lo que se ha perdido (...) es precisamente el trabajo de lo negativo y la posibilidad de una negación de las posibilidades objetivas. Ya no hay 'condiciones objetivas' (...) Ya no hay 'realidad objetiva' (...) Ya no estamos en lo negativo y en la historia, estamos en una especie de desvitalización de las relaciones sociales en beneficio de una interfaz virtual y de unos resultados colectivos difusos, en la encrucijada de todos los flujos especulativos, flujo del empleo, flujo de los capitales, flujo de la información. Y hay que considerar esta situación como inédita y, si la historia se ha convertido en una farsa, en expresión de Marx, bien podría ser que esta farsa, al reproducirse a sí misma, se convirtiera en nuestra historia. Revisión lacerante del principio de realidad, revisión lacerante del principio de conocimiento. Esto último supone efectivamente una dialéctica del sujeto y del objeto, *que domina el sujeto, ya que es él quien inventa*" (Jean Baudrillard, *El intercambio imposible*, Cátedra, 1999, pp. 28/29. Cursivas mías). Y me detengo aquí. Luego Baudrillard avanza en los dominios del objeto sobre el sujeto. Pero no me interesa. Creo que aquí hay *sujetos*, que hay un Sujeto Comunicacional Centrado y Bélico, creo que hay un Nuevo Sujeto Absoluto, *encarnado por sujetos de una potencia bélica militar* que ha decidido hacerle la guerra al mundo.

Todavía no hemos llegado a esto, pese a que lo hemos anunciado repetidamente. Pero, ¿por qué nuestra amabilidad con el también amable Baudrillard? (Cuando digo amable pienso en esa cara serena, que no pareciera venir a destruir nada menos que la realidad. Lo ha hecho. Lean esto: "*Con lo virtual, no sólo entramos en la época de liquidación de lo real y lo referencial, sino también en la era del exterminio del otro. Es el equivalente de una depuración étnica que no sólo afectará a unas poblaciones concretas, sino que se encarnizará con todas las formas de la alteridad*.) La de la muerte, que se conjura con la terapia del mantenimiento artificial. (¡Walt Disney congelado, esperando su momento, su retorno de la muerte, negándola, tornándola controlable, insustancial! Si no resucitan al bueno de Walt es porque todavía no quieren, pero ya llegará el momento, será cuando puedan *socializarlo* un poco más y lo suyo sea accesible para hipermillonarios y protocadáveres del establishment internacional, JPF.) La del rostro y del cuerpo, que es acosada por la cirugía estética. La del mundo, que se borra con la Realidad Virtual. La de cada uno de nosotros, que será abolida un día con la clonación de las células individuales. (Haremos al Hombre, qué duda cabe. Realizaremos el sueño de Mary Shelley. Pero, ¿de dónde saldrá la subjetividad del clon humano? ¿Qué historia tendrá? Usemos el lenguaje de Tolstoi y Dostoievsky: *¿Cómo será su alma?*, JPF.) Se acabó el otro, la comunicación. Se acabó el enemigo, la negociación. Se acabó la negatividad, la positividad absoluta. Se acabó la muerte, la inmortalidad del clon. Se acabó la alteridad, identidad y diferencia. (No diferencia ontológica, sino leve diferencia, sin el peso de lo Otro. Apenas una diferencia que establezca un matiz liviano, ligero, de alejamiento y, más aún, de aislamiento, JPF.) Se acabó la seducción, la indiferencia sexual. Se acabó la ilusión, la hiperrealidad, la Virtual Reality. Se acabó el secreto, la transparencia. Se acabó el destino. El crimen perfecto" (*El crimen perfecto*, ob. cit. pp. 149/150). Dejamos atrás una pregunta. A responder-





la, pues. La pregunta era: ¿por qué ser tan amables con el amable Baudrillard? Porque vio algo que otros no vieron: la virtualidad de los medios y la licuación de la realidad. El nihilismo absoluto de nuestro tiempo. Que no nos detenga pensar que no tiene razón en todo. O que exagera. El que descubre algo siempre exagera. Además, el tema de Baudrillard es la exageración. ¿O no es la mismísima exageración postular que lo virtual mató a lo real y que, por consiguiente, eso que llamábamos "realidad" no existe más? Sea así o no, el Poder trata todo el tiempo de que así sea. Somos hombres de digestión fácil porque la comida que nos dan y comemos ya está ultradigerida. Somos hombres de digestión fácil porque somos como niños: nos dan la comida en la boca. Comemos papilla de los *mass-media*. Lo único que se pide de nosotros es un pequeño, travieso eructo. Ya está: ya comimos, digerimos y eructamos la *realidad* que nos cocinaron. Ahora, a dormir.

AL FINAL DE SU PERIPLO, LA RAZÓN EUROPEA SE ASESINA A SÍ MISMA

¿Qué ontología surge del nihilismo baudrillardiano? Este hombre está cerca de Nietzsche. Pero avanza más allá. Saca todas las conclusiones posibles del mundo virtual, irreal, de las comunicaciones. Bien, no hay realidad. Hay seducción. La seducción es fundamental en el mundo telemático. Hay que seducir al sujeto. Un cuerpo destrozado en una calle de Teherán, un choque en la ruta a Mar del Plata con muertos y sangre, la belleza inalcanzable pero virtual de Nicole Kidman, o de Charlize Theron, o de Angelina Jolie, las grandes mujeres, que están *ahí*, en los afiches de las calles, en las portadas de las revistas, en las pantallas de los cines, con esa "realidad" de lo virtual que las hace estar *ahí* pero estar, a la vez, no *ahí*, porque son *imposibles*, *irreales*, como son irreales George Clooney y Tom Cruise para las mujeres, y las tetas, los culos, los shows Wild's de E! Enterteinment, Martha Argerich tocando la Rapsodia N° 6 de Liszt desde el Concertgebaw de Amsterdam, Daniel Borenboim en Palestina, el fútbol hipermillonario, el tenis, el boxeo, Don King, Oscar de la Hoya y así hasta el infinito. Y lo que Baudrillard no analiza –hasta donde yo lo he leído, que, juro, no ha sido poco–: el mundo del Homo-Net. Saddam ahorcado. La gente que se queja porque no lo oyó gemir. ¿Cómo se atreven? ¿Cómo nos muestran el ahorcamiento de Saddam y no oímos sus quejidos de dolor, sus estertores finales? Las torturas de los iraquíes por los marines norteamericanos y por esa soldado niña que pasea a un prisionero como si paseara a su perrito, dado que hasta tiene edad para hacerlo, para pasear un perrito o jugar con muñecas. El sexo reemplazado por el porno. Jenna Jameson gozosa porque le eyaculan en la cara. ¿Qué es esto, Baudrillard? ¿Dónde está el Ser?

Según la Ontología Negativa de Baudrillard el Ser está en todas partes y en ninguna. *No puede haber ontología de lo virtual*. Ni Ontología débil. Ni Ontología del presente. Ni adelgazamiento del sujeto. Lo importante que –para mí– aporta Baudrillard es, que al final de su largo periplo, la razón europea *no es*. Se ha evaporado. Es simulacro. Y el simulacro no tiene nada que ver con el Ser. El mundo está poblado, *constituido* por imágenes y las imágenes son el "mundo". No hay "mundo". El "mundo" ha muerto. Porque el mundo era el mundo "real". Y lo "real" ha muerto. ¿Hay en Baudrillard una ontología del simulacro? ¿Es el simulacro el Ser? Baudrillard, como todo filósofo, ofrece un piso ontológico. Es el que producen los *mass-media*. Ese mundo es virtual, es simulacro, ha sido asesinado en tanto "realidad". Se trata de una Ontología de lo que no es. Una Ontología del no-ser. ¿Podemos introducir aquí el concepto de Nada? Es muy denso, tiene demasiada historia, demasiado peso. Creo, si no interpreto mal, que el simulacro ha matado la realidad pero tiene que construirla. La seducción se construye. Es *ausencia de realidad*. Pero plena efectividad del simulacro. Ante todo, porque el simulacro tiene el enorme poder de asesinar la realidad. Lo Virtual liquida lo Real y lo referencial. Extermina al Otro. Lo Virtual liquida la Muerte, que se conjura con el mantenimiento de lo artificial. Lo Virtual elimina el rostro y el cuerpo: la cirugía estética. Elimina el mundo, que se borra con la Realidad Virtual. Nos liquida a nosotros: seremos abolidos un día por la clonación de las células individuales. (Tema de "la muerte del hombre", de la "biogenética", tema nada fácil, JPF.) Se acaba todo.

Hay algo que no se acabó: lo Virtual. Hemos asistido, así, a una Ontología de lo Virtual. Lo Virtual es el fundamento de todos los asesinatos de Baudrillard. Para llegar al verdadero nihilismo habría que cometer un último y definitivo asesinato. Asesinar lo Virtual. Baudrillard no puede. Se le cae todo.

No puedo dejar de ver la semejanza con el mundo "encantado" de la mercancía que propone Marx. Aunque en él la mercancía oculta el "mundo de la producción", que es su condición de posibilidad, impone, sin embargo, sobre los sujetos una irrealidad que los somete, que los vuelve cosas, que, al cosificarlos, les quita su subjetividad, tornándolos irreales, objetos de un encantamiento con reminiscencias teológicas.

He detallado tanto el mundo baudrillardiano porque trataré de utilizarlo en mi planteo final acerca de un Imperio Bélico Comunicacional que, en efecto, por medio de lo virtual somete las subjetividades. No llegaría a los extremos de Baudrillard, que hace bien en extremar sus planteos porque nos desafía, nos enfurece y nos obliga a pensar. Pero, si bien no es un filósofo con conexiones con el marxismo, no por ello deja de ser un lúcido y crítico filósofo del poder capitalista mediático y su despliegue devastador: destrozar la realidad, no con lo bélico, no con sus proyectos nucleares o con sus guerras preventivas, sino con los medios: con los Turner, los Bill Gates, la Warner, la Disney, esos creadores de Ontología Virtual del siglo XXI.

GILLES LIPOVETSKY: UNA MORAL SIN OBLIGACIÓN NI SANCIÓN (LA APOTEOSIS DE LOS NOVENTA)

No voy a detenerme en Gilles Lipovetsky, que también supo andar por nuestro país en busca de auditorios, buenos asados y buenos vinos. Nada que ver con Baudrillard, Lipovetsky. De nihilista, ni esto. El hombre es una especie de hedonista de la posmodernidad que la describe tal como él quiere vivirla. Acaba de llegar a nuestras costas –vía Anagrama, que le ha publicado todos sus leves textos– uno que se llama *Los tiempos hipermodernos*. Ya no saben qué inventar. A quién no se le va a ocurrir que luego de *post* a la "modernidad" había que ponerle *hiper*. Bien, dejemos este engendro tardío y acomodaticio y veamos algo de lo que publicó durante los noventa. En *El crepúsculo del deber* postula una época del *posdeber* que reemplazaría a la de los *valores sacrificiales*. Propone "una ética débil y mínima, 'sin obligación ni sanción'" (Gilles Lipovetsky, *El crepúsculo del deber*, La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos, Anagrama, Barcelona, 1994, p. 12). Habla, luego, de una "sociedad posmoralista" y de una "lógica posmoralista", "que no ordena ningún sacrificio mayor, ningún arrancarse de sí mismo" (Ibid., p. 13). Describe entonces "dos lógicas antinómicas del individualismo". (Aquí es donde el hombre más ha exigido a su capacidad especulativo-conceptual.) Habría una lógica a la que G. llama "individualismo responsable" y otra a la que llama "individualismo irresponsable". Y exagera: "alrededor de este conflicto 'estructural' del individualismo se juega el porvenir de las democracias" (Ibid., p. 16). Vean lo que quedó del estructuralismo: el conflicto entre un individualismo responsable y otro irresponsable es, para G., "estructural". No, es injusto. Tanto esfuerzo de una generación de talentosos no merece ser instrumentado por este patán tedioso. Propone, G., tomar a "los hombres tal como son". Afirma que "el culto al deber ya no tiene credibilidad social" (Ibid., p. 18). Pero el momento "cumbre" del libro llega en el capítulo que G. coloca bajo el nombre de *La felicidad light*. El imperativo categórico ha sido reemplazado por "el *imperativo narcisista* glorificado sin cesar por la cultura higiénica y deportiva, estética y dietética" (Ibid., p. 55). Nuestra época no está dominada por la necesidad "del castigo". No, lo que domina nuestra época es "la superficialización de la culpabilidad" (Ibid., p. 56). Qué época los noventa. ¿Habrá leído este libro María Julia Alsogaray? Posiblemente. Este francés no es tonto. Expresa lo que las clases dominantes entregadas a la devastación y a la corrupción moral querían oír. "En Francia (escribe) 2 católicos militantes de cada 3 creen que los pecados no llevan al infierno" (Ibid., p. 56). Pero no lo elegí para burlarme (aunque me resulta inevitable hacerlo y si no lo hiciera creo que no lo estaría exponiendo con sinceridad) sino porque Gilles Lipovetsky expresa una época. Observemos su señalamiento a propósito de los *media*. "La era de los media sobreexpone la desdicha de los hombres pero desdramatiza el sentido de la falta, la velocidad de la información crea la emoción y la diluye al mismo tiempo" (Ibid., p. 57). Correcto: esa información se hace así para no crear "culpa moral" en el homo-videns. Te ofrecemos la desdicha, no la ocultamos, dicen los *mass-media*, pero no te preocupes, cumpliremos con nuestro deber de mostrar los horrores del mundo, y no te haremos sufrir: va a ser tan eficaz la "velocidad de la información", como dice nuestro amigo Lipovetsky, que si alguna emoción te despertó ver a un chico moribundo o el cadáver de un delincuente, esa misma velocidad, que te perturbó, va a diluir, al mismo tiempo casi, toda emoción, toda contrariedad, toda incómoda pesadumbre. Estamos aquí para entretenerte. Y si te damos el "horror" es porque sabemos que algo de él, en una dosis adecuada y a una velocidad indolora, nos pedís, te hace falta, te lo confieses o no. Y si no te lo querés confesar, mejor. No te incomodes: nosotros lo sabemos por vos. Sabemos qué darte. Pensamos en eso todo el tiempo. No en vano nuestro amigo Lipovetsky dice: "Estamos en la época de la eliminación y no de la fijación, de la sensibilidad fluida y no de la intensificación" (Ibid., p. 57).

Gilles Lipovetsky tiene un mérito y no se lo vamos a quitar: es un buen narrador, expositor o copista de su época. Que es, todavía, la nuestra. Con el horror apocalíptico encima, ahora. Pero no en los noventa. Todo era fácil en los noventa. "Al quitar legitimidad a la liturgia del deber (escribe G.), la cultura contemporánea libera a la moral de un 'resto' religioso: tenemos prohibiciones pero no prescripciones sacrificiales, valores pero no ya imperativos heroicos, sentimientos morales pero no ya sentido de la deuda". Eso que fue, en nuestro país, el "menemismo" es el ademán elocuente, el testimonio poderoso de la era que describe Lipovetsky, era a la que él, en otro de sus libros, llama "del vacío". Pero la "moral ligera", la moral de qué me importa si nada me va a pasar, si tengo derecho a todo, si el momento es éste y hay que hacerlo todo ahora se expresa, por completo, en el siguiente texto. En éste: "La cultura de la autodeterminación individualista ha alcanzado la esfera moral: *la época de la felicidad narcisista no es la del 'todo está permitido', sino la de una 'moral sin obligación ni sanción'*" (Ibid., p. 57. Cursivas mías). La frase tiene un error de interpretación. Durante los noventa (sobre todo, y muy especialmente, en nuestro país), todo estuvo permitido. Pero justamente porque no se temía nada del lado de la moral. Del lado de la justicia. Donde impera una "moral sin obligación ni sanción" impera el "todo está permitido". No creo que Menem haya leído a Lipovetsky. Acaso sí. Pero personajes como la Alsogaray o Adelina de Viola o Alberto Kohan o el sombrío Nosiglia, no tengo dudas. Era la liberación de la culpa, la legitimación del "todo vale" de manos de un teórico francés festejado, editado por las mejores editoriales, recibido con beneplácito por los editores de todo el orbe. O sea, a robar: porque ahora está bien. Porque vivimos bajo el imperio de la superficialización de la culpabilidad, de la moral sin sanción, de la moral sin obligaciones. Nuestra única obligación es con nosotros mismos. ¿Quién lo dice? Nada menos que un filósofo francés. *Tout va très bien*. (*Nota*: En mi obra *4 jinetes apocalípticos*, en el segundo monólogo, que narra una reunión de "quebrados" que se burlan de las consignas de los '70, uno de ellos, quejoso, dice: "¡No haber leído a Lipovetsky en los setenta!". Les habría ido mejor, creen. Pero, lamentablemente para ellos, Gilles publica su primer libro, *La era del vacío*, en 1983 y la traducción española es de 1986. Difícil que en los setenta se hubiesen enterado de los postulados del gurú de los tiempos livianos y la moral sin sanción.)

¿De qué murió la posmodernidad? ¿O acaso esta serie de clases no se llama *El fin de la posmodernidad*? No podemos desarrollar el tema ahora. Pero sí podemos decir a qué se debió esa muerte. Fueron las Torres Gemelas las que acabaron con la posmodernidad: se derrumbaron sobre ella. De esta forma, la posmodernidad murió por un exceso de historicidad. O para decirlo en términos de Baudrillard: la posmodernidad murió el 11 de septiembre de 2001, cuando, inesperadamente, entre tantas otras cosas inesperadas, se levantó una huelga. La de los acontecimientos.

el próximo domingo
CLASE N° 51
¿QUÉ ACEPTÓ LA INTELLIGENTSIA FRANCESA AL ACEPTAR, EN BLOQUE, LA CRÍTICA DE HEIDEGGER AL MUNDO MODERNO?